


**«La lectura en clave
afectiva puede
desestabilizar,
subvertir o
complementar
formas de leer muy
arraigadas en el
imaginario crítico»**



ENTREVISTA DE FLOR MALLQUI Y JOSÉ LUIS GAMARRA

ANA PELUFFO, PH. D. POR NEW YORK UNIVERSITY, ESPECIALISTA EN TEMAS DE GÉNERO, ETNICIDAD, LITERATURA Y NACIÓN EN EL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX, ES ACTUAL PROFESORA E INVESTIGADORA EN LA UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA EN DAVIS. EN LA SIGUIENTE ENTREVISTA CON *ESPINELA*, DIALOGA EN «CLAVE EMOCIONAL» SOBRE SU RELACIÓN CON EL PERÚ, SUS PUBLICACIONES, FLORA TRISTÁN, CLORINDA MATTO, EL «EXCESO AFECTIVO» Y EL «RESENTIMIENTO», ENTRE OTROS TEMAS.



Ana Peluffo. Foto: Punto Edu.

En su obra se aprecia un marcado interés por el estudio de escritoras e intelectuales peruanos. ¿Cómo nació ese interés? ¿Qué «emociones» la unen a nuestro país?

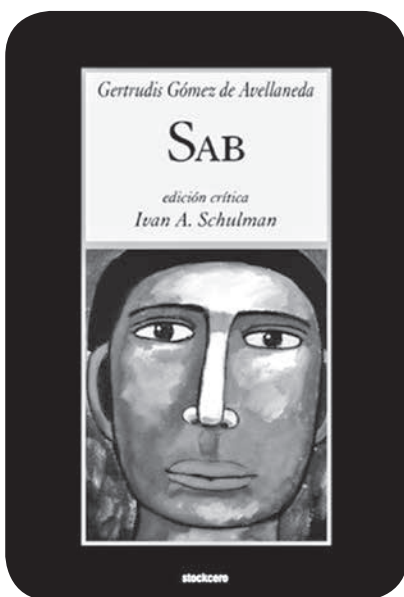
Mi relación con el Perú se remonta a mis años de estudiante de doctorado en la Universidad de Nueva York. Fue en Cuzco y Lima que hice mi primer trabajo de archivo, en esos ficheros de madera que hoy ya casi no existen y que han sido reemplazados por la cultura digital. Yo venía de Estados Unidos, de haber trabajado con Antonio Cornejo Polar y, antes de conocer el Perú físico, lo conocí en los libros que leíamos en sus seminarios. Cuando llegué a Lima y vi que

había plazas y calles con los nombres de los escritores que había leído, no lo podía creer. Eso me produjo una gran emoción. Para mi tesis doctoral trabajé en la casa del historiador Félix Denegri Luna de forma bastante artesanal: en una mesa común en la que nos sentábamos varios investigadores rodeados de revistas y papeles viejos apilados. También trabajé en el archivo Porras Barrenechea, en la vieja Biblioteca Nacional del Perú. Soy argentina, vivo en Estados Unidos y estudio la cultura peruana. Es un lugar de enunciación excéntrico que, de alguna manera, determina mi mirada del material que trabajo. Recuerdo siempre el comentario de un profesor cuando le dije que quería hacer la tesis sobre Clorinda Matto: ¿Por qué quería estudiar la obra de una autora peruana «mala»

cuando había tantos escritores argentinos «buenos»? Era una pregunta mezquina que, creo, sintetiza un poco la mirada sexista, nacionalista y esteticista de la cultura que por ese entonces todavía tenía vigencia.

En su más reciente libro, *En clave emocional: cultura y afecto en América Latina* (2016), propone que la producción textual decimonónica es un campo privilegiado para auscultar el «exceso afectivo». ¿Qué significa eso? ¿En qué sentido este exceso se da con mayor énfasis en el período decimonónico a diferencia de otras etapas?

Es cierto que el exceso afectivo puede formar parte de cualquier época. Al mismo tiempo, el siglo XIX rendía culto a la sensibilidad de una manera bastante extrema que choca con aproximaciones más estoicas o cínicas a ese material. Hay ciertas emociones que son muy valoradas en el XIX como la tristeza, la melancolía e incluso los celos como sinónimos de amor que luego van a pasar a ser feminizadas, analizadas y/o medicalizadas hacia fines de siglo. Oscar Wilde alude a ese momento de viraje cuando dice que lo que hacía llorar en el XIX hace reír o se lee con sospecha en el XX. Hay que recordar que es con el romanticismo que se empieza a valorar el mundo de los afectos y la turbulencia emocional de eso que los alemanes llamaban el *sturm und drang* (tormenta e ímpetu). Por esa época, también Rousseau reescribe en clave afectiva la famosa frase de Descartes «pienso; luego, existo»: «siento; luego, existo». En el libro, no me interesaba establecer una cronología en la que se van sucediendo diversos climas afectivos porque creo que las periodizaciones son siempre problemáticas. Quería pensar cómo las emociones se gestionan en diversos espacios y cómo esos estilos afectivos pueden superponerse, convivir y hasta mezclarse en un mismo momento

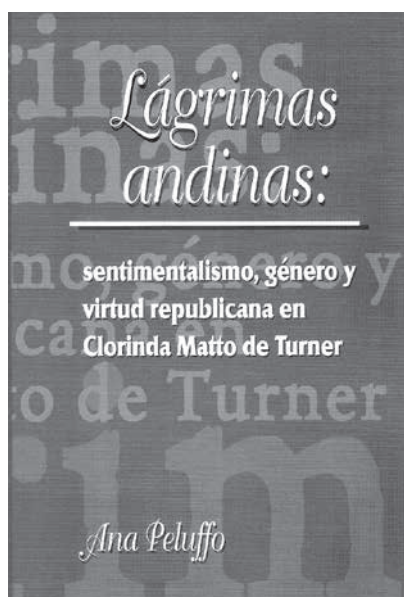


Sab de Gertrudis Gómez de Avellaneda. También fue llevada al cine.

histórico. Para analizar la forma en que las emociones son jerarquizadas y construidas culturalmente, me resultaron muy útiles los manuales de urbanidad y conducta que trabajo en uno de los capítulos y que, de alguna manera, dictaminaban no solo cómo los lectores debían comportarse en la modernidad, sino también cuáles eran los sentimientos que debían tener.

¿De qué manera una lectura en clave emocional «desestabiliza» las interpretaciones sobre los textos del siglo XIX? ¿Podríamos decir que también los complementa?

La lectura en clave afectiva puede desestabilizar, subvertir o complementar; como ustedes dicen, dependiendo del caso, formas de leer muy arraigadas en el imaginario crítico que de tan repetidas se empiezan a transformar en cliché. Pienso aquí en la novela *Sab* de Gertrudis Gómez, que es la historia de un amor imposible entre un esclavo mulato y su ama blanca en la Cuba colonial. Gómez está tratando de formar alianzas entre los grupos marginales en un momento en que las sangres no pueden mezclarse. Si seguimos el recorrido de las lágrimas en la novela, vemos que estas hacen lo que las sangres no pueden hacer; es decir, actúan como extensiones de los cuerpos racialmente otros de los personajes que gozan llorando juntos. En ese sentido, la lectura afectiva basada en el sufrimiento contradice y hasta se opone a la lectura alegórica fundacional de Doris Sommer que, de alguna manera, privilegia el mestizaje como forma de acceder a la proto-cubanía. Lo mismo pasa hasta cierto punto con *Martin Fierro*, un texto de frontera obsesionado con la virilidad que yo leo en clave homo-sentimental a partir de sus escenas más lacrimógenas. El lector del XIX estaba entrenado para leer el lenguaje no referencial del afecto, una capacidad que hemos perdido como lectores. Otro caso puntual de desencuentro o



Publicaciones de Ana Peluffo.

choque entre lo afectivo y lo racional es la estetización que Flora Tristán hace del asco en *Peregrinaciones de una paria*. Ahí el asco visceral que Tristán experimenta frente a los negros está arraigado en cuestiones olfativas y traiciona la propia ideología de la autora en contra de la esclavitud. Toda la indignación que Tristán afirma sentir por el tráfico de esclavos queda cancelada por esta emoción problemática que erige una barrera entre ella y los otros.

¿Es posible decir que uno de los objetivos de *En clave emocional...* apunta a «desestabilizar» ciertos modos de pensar arraigados a una mirada masculina sobre las construcciones simbólicas bajo las cuales pensamos el siglo XIX?

Creo que sí, que desde esa mirada masculina se devalúa lo emocional por su asociación cultural con lo femenino y lo racialmente otro. En ese sentido, los grupos marginales siempre tuvieron que defender su acceso a la racionalidad. Salvo contadas excepciones, las lecturas que se hicieron de la producción cultural del siglo XIX ignoraron ese exceso emocional o lo pensaron como un defecto estético. Eso se debió en parte a que

asociamos todo lo emocional con lo salvaje y lo natural, y con todo aquello que no puede ser controlado y ordenado por la racionalidad. Creo que necesitamos establecer más cruces entre ambos campos para ver que la racionalidad también tiene un componente emotivo fuerte. Hay también toda una jerarquización que hacemos de las emociones en la que se feminizan las «débiles» y se «masculinizan» las fuertes. La ira es más tolerada o incluso fomentada en la esfera masculina. Por otro lado, la vergüenza como emoción jerárquica es frecuentemente feminizada. *María*, la novela más lacrimógena del XIX, fue escrita por un hombre. Sin embargo, cuando se escriben las historiografías nacionales y se va configurando eso que llamamos el canon, el sentimentalismo femenino molesta más que el masculino tal vez porque se lo piensa como tautológico.

¿Cómo se puede superar desde la mirada emocional caer en los conceptos de «civilización» y «barbarie» que ha caracterizado a la crítica literaria sobre los textos del siglo XIX?

El debate sobre civilización y barbarie es un paradigma sobre el que volvemos una y otra vez para pensar el



Foto: PuntoEdu.

«El amor a la nación no puede ser implementado por la fuerza o legislado»

que exige la solución drástica del viaje». ¿Cómo se podría leer en clave afectiva la construcción del *ennui* con relación a la noción de la enfermedad finisecular?

El *ennui* es una emoción decimonónica difícil de traducir a los estándares afectivos del presente. La podríamos pensar como tristeza, melancolía, aburrimiento, tedio, o como una mezcla de todos. En los dos textos que usé en el libro para explorar el *ennui*, me interesaba pensarlo como un malestar de época, una suerte de irritación con los valores normativos de la burguesía emergente que podía, en casos graves como el que menciona Tristán, desembocar en una enfermedad. En el caso puntual que mencionan en la pregunta, el *ennui* es el equivalente de lo que ahora sería la depresión: se trata de un viajero europeo a quien lo despa- chan a América Latina en un barco para curarlo. El barco se transforma en la nave de los locos de Foucault. La idea del viaje como cura aparece en muchos textos decimonónicos. Al mismo tiempo, ese *ennui* o hastío con las corrientes ideológicas del orden es el motor narrativo del viaje y el lugar desde el que se construye la barbarie atrayente del nuevo mundo. Théophile Gautier dice que la barbarie es preferible al *ennui*. La frase no podría ser más cierta en el caso de estos viajeros. El anonimato latinoamericano les permite subvertir esa mirada hetero-normativa que es la del romanticismo europeo y de la que tratan de separarse.

¿Podríamos pensar en torno a los relatos de viajes que una de las emociones más resaltantes que marcan a los viajeros latinoamericanos en sus viajes trasatlánticos es el amor a la patria? ¿Por qué?

Es cierto que en algunos casos el encuentro con un nuevo país puede

XIX, pero nunca desde una perspectiva afectiva. ¿Cuáles eran las emociones bárbaras y cuáles las civilizadas? Norbert Elias dice que, a medida que avanza la modernidad, las emociones violentas o primitivas —el odio, la agresividad, la rabia— son erradicadas de los espacios «civilizados» y pasan a ser monopolizadas y gestionadas por el Estado, ejército, policía. Eso quiere decir que la sociabilidad refinada de la *politesse* cortesana empieza a ganar terreno en la modernidad europea en sociedades en las que las mujeres eran expertas en este tipo de sociabilidad. Es con la aparición de la vergüenza y el asco, dice Elias, que el sujeto moderno o civilizado se aparta de ese primitivismo bárbaro que empieza a ser asociado con las clases bajas. En la América Latina del XIX, ese proceso civilizatorio es una utopía que muchas veces se contradice a nivel afectivo con el atractivo que los letrados sentían por esas emociones

primitivas que supuestamente obstaculizaban el avance de la modernidad. En *Facundo*, el texto fundacional de la literatura argentina, Sarmiento sueña con modos de ser europeos, levitas y ciudades refinadas al mismo tiempo que se fascina con el salvajismo emotivo de los gauchos. Por otra parte, en ese texto, la vergüenza que Sarmiento siente ante los grupos excluidos del proyecto modernizador que no encajan en su utopía civilizatoria lo lleva a distanciarse de ellos desde una posición jerárquica.

En su trabajo «Viajeros franceses en los Andes: el *ennui* como estructura ideológico-afectiva», menciona que en *Peregrinaciones de una paria* de Flora Tristán se narra el caso de un joven viajero, en el cual el *ennui* «no es aburrimiento o tedio sino enfermedad, un malestar emocional cercano a la locura

intensificar el nacionalismo. Sin embargo, creo que, en los textos de viajes que he estudiado, el hecho de que las mujeres no tuvieran acceso a la ciudadanía y de que no se sintieran representadas por sus respectivos Estados les hacía tener una mirada menos nacionalista y más cosmopolita. En esos textos híbridos, las escritoras se alían transnacionalmente con mujeres igualmente excluidas de las comunidades nacionales masculinas. Se podría pensar en esas redes feministas como una suerte de comunidad de sentimiento femenino y transnacional. Cuando Clorinda Matto viaja a España desde Argentina, en un clima afectivo sumamente hispanófilo, se enamora de ese país. Mercedes Cabello viaja a Chile y se corresponde con escritores chilenos en plena época posbélica cuando lo que predominaba era el odio a Chile. Tristán en su viaje se define como mitad peruana mitad francesa, un sentimiento híbrido que Gorriú también tiene con respecto a su identidad peruano-argentina.

En su libro *Lágrimas andinas: sentimentalismo, género y virtud republicana en Clorinda Matto de Turner* (2005), afirma que «uno de los ejes narrativos de *Herencia* es una “ficción paranoica” que genera en el lector miedo y fobia por un inmigrante deshumanizado al que se asocia con la degeneración nacional». ¿Cuál cree que es la relación entre la mirada clínica y la emoción de la repugnancia frente al inmigrante italiano, personaje abyecto de las novelas latinoamericanas decimonónicas de corte naturalista?

Creo que la emoción que despierta el inmigrante italiano en *Herencia* es el miedo más que la repulsión. Digo que es el centro de una ficción paranoica porque en la novela se trata de un hombre rubio y apuesto que se ha infiltrado en la clase limeña

dominante y que se está apoderando de los cuerpos de las mujeres de una elite en decadencia. La maldad del personaje queda camuflada por su belleza. Aquilino es en la novela un lobo con piel de cordero y en este sentido está animalizado y deshumanizado. La figura monstruosa de ese italiano primitivo es en el caso de esta novela una peruanización y una visión casi paródica del Genaro

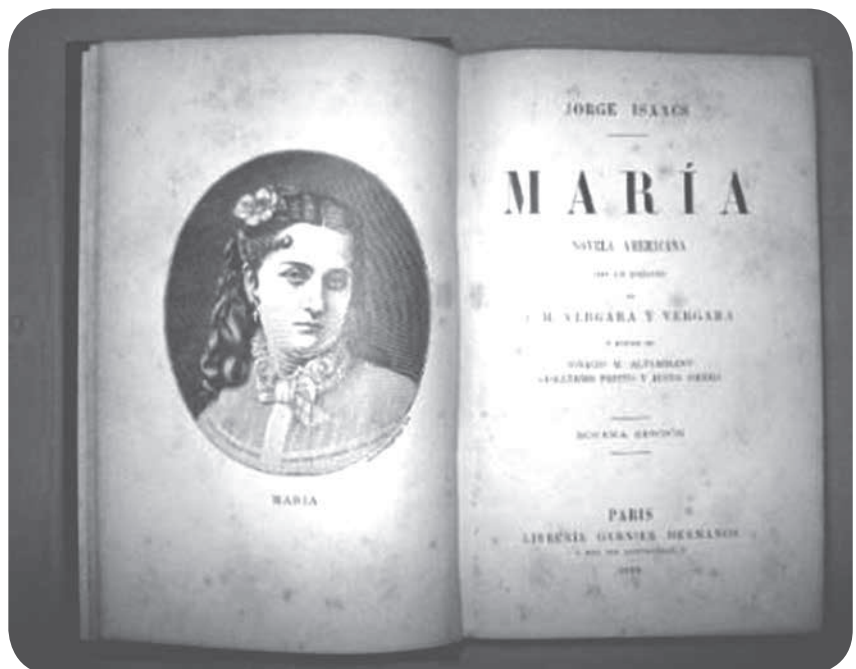
de *En la sangre* de Eugenio Cambaceres, una novela naturalista que Matto había leído y que también Cabello usa hasta cierto punto como modelo para la construcción de un inmigrante italiano mucho más benigno en *Blanca Sol*. Cambaceres a su vez se copiaba de la novela naturalista francesa. Creo que había en todos estos casos una necesidad de provocar escándalo.



Clorinda Matto de Turner.



El payador en *Martín Fierro*.



María de Jorge Isaacs.

«En el área de género, las cosas mejoran lentamente pero los espacios del poder político siguen siendo mayoritariamente masculinos y heteronormativos»



Rechazo a la violencia de género.

A partir de los temas decimonónicos y su relación con el siglo XXI, es evidente acaso que muchos de los debates de la política actual tienen su origen en la construcción de los proyectos nacionales del siglo XIX. ¿Qué opinión le merece esta idea desde un enfoque emocional?

Creo que hay muchos debates del siglo XIX que no han sido resueltos y que siguen abiertos en la actualidad. Pienso, por ejemplo, en la tensión entre nacionalismo y regionalismo que está generando violencia en España y en la manera en que el amor a la nación no puede ser implementado por la fuerza o legislado. En el área de género las cosas mejoran lentamente, pero los espacios del poder político siguen siendo mayoritariamente masculinos y heteronormativos. Eso hace que, en los estados con mayoría republicana de Estados Unidos, sea más fácil comprar un arma que pastillas anticonceptivas o que se siga tratando de devolver a las mujeres al mundo de la reproducción biológica quitándoles la posibilidad

de determinar lo que pasa con sus cuerpos para sacarlas del espacio público. Por otro lado, en América Latina, los altos números de feminicidios y la violencia de género aumentan a media que las mujeres ocupan cada vez más espacios de poder en el ámbito público. Igualmente de preocupante es la cuestión racial.

En el contexto político actual en la región, el «resentimiento» parece ser una emoción que explicaría algunas coyunturas, por ejemplo, la constante presencia de conflictos sociales. ¿Qué opina? ¿La elección de Donald Trump en Estados Unidos también podría ser una expresión de esto?

El fenómeno Donald Trump se presta definitivamente a una lectura en clave afectiva. Si pensamos en el resentimiento como una emoción estancada, como un odio que nunca se demuestra o sale a la luz, podemos decir que la elección de Trump fue una forma de manifestarlo. Hay un resentimiento social muy fuerte que se ha ido acumulando en la clase

baja americana y que la rama hegemónica del partido demócrata, tal vez con la excepción de Bernie Sanders, no supo detectar ni aprovechar. Creo que hay sectores de la sociedad norteamericana que tienen pocos espacios o vehículos para canalizar las emociones negativas. Alguna gente vive encerrada en sus casas y un buen día sale a matar a cualquiera o eligen a Donald Trump. Esa violencia subterránea no puede ser entendida en términos de clase porque las personas no matan para robar o porque no tienen qué comer, sino por un sentimiento más indefinido de odio hacia el otro. En los discursos de Trump, el referente del odio es contra todo aquel que viene a usurpar algo que no le pertenece, de ahí la necesidad de construir una muralla con México. En el *slogan* «Make America Great Again», el nacionalismo es un amor a la patria que se articula con el odio a otras naciones. La reescritura de su *slogan* como «Make America Hate Again» capta ese giro que desafortunadamente también legitima el odio de sus seguidores.

